

EDITORIAL

ES CON sincera satisfacción que presentamos ante los círculos científicos del país esta Revista, como órgano de la Sociedad Venezolana de Dermatología, Venereología y Leprología; esta publicación venía haciéndose cada vez más necesaria en vista del auge que la Dermatología ha tomado entre nosotros: hasta ahora, innumerables trabajos sobre Dermatología han aparecido en diversas revistas científicas siendo así que, la cantidad y calidad de ellos reclamaban un órgano de divulgación especial. Es éste, pues, un nuevo avance de nuestra Sociedad, la cual ininterrumpidamente ha estado laborando por el progreso de la especialidad durante los últimos veinte años. Es de justicia dedicar en este nuestro primer editorial, merecido homenaje a la Sociedad de Dermatología, Venereología y Leprología; sería muy largo hacer un recuento histórico de la actuación de nuestra Sociedad a través de tantos años, y sólo podríamos resumir esta actividad dividiendo nuestra Dermatología y especialidades afines en dos eras o etapas: la primera, que vegetativamente sobrevivió durante varios años hasta la fundación de la Asociación, y la segunda, que comprendería la actuación de la Sociedad de Dermatología, Venereología y Leprología. Quizás exageremos un poco en cuanto a Leprología se refiere, pero no es menos verdad que la Venereología, la Sifilografía y aún la misma Dermatología estaban en una etapa inicial careciendo de pautas directrices para su cabal desarrollo.

Haciendo un balance retrospectivo podemos considerar a la Dermatología como una especialidad relativamente nueva en nuestro medio, a pensar del incremento que había adquirido desde hacía tiempo en los círculos científicos del exterior. Era esto principalmente debido a nuestra falta de especialistas en la materia, la cual, ya de por sí ardua para su estudio, con casi absoluta ausencia de mentores, tampoco retribuía económicamente los esfuerzos realizados para coronar su estudio, con los requerimientos necesarios a la debida especialización. Las cosas han cambiado en todos los aspectos radicalmente y hoy contamos con numerosos dermatólogos preparados fuera del país y con una cátedra dermatológica bien dotada que desde ahora y en un futuro cercano dará a la Nación las pautas para la construcción de la verdadera Dermatología vernácula.

Se ha dicho que la piel es una especie de ventana del organismo a través de la cual podríamos observar en su interior y es así hasta cierto punto, pues muchas de las enfermedades internas se reflejan exteriormente en la piel; lamentablemente es esta una de las ramas más difíciles de la Medicina y aunque contamos con muchos medios de investigación para el diagnóstico, no es menos cierto que el camino por recorrer es mucho más largo que el que hemos culminado hasta la etapa actual.

El material que publicamos en este primer número de la revista es por demás original e interesante y uno de sus principales artículos es el premiado con el galardón que lleva el nombre de Martín Vegas. Pocas veces en la historia se re el caso de que en vida del individuo se otorgue un premio con su nombre, y es razonable que así sea, pues no sabemos en los avatares del destino la trayectoria que pueda seguirse en el futuro, pero como muy bien lo expresó en su bella improvisación el Doctor Gustavo Machado, cuando la creación de dicho premio, el pasado del individuo y su actual personalidad nos garantizan plenamente lo acertado de nuestra elección; y es que, a decir verdad, Martín Vegas no es ya una persona, un médico o un dermatólogo, sino simplemente un "símbolo" en la Medicina Nacional.

Y ahora, en estos históricos momentos en que salimos a la palestra científica no podemos prescindir de la tradición. Dedicemos un fervoroso recuerdo a aquellos de los nuestros, hoy desaparecidos, que de buena voluntad contribuyeron a gestar y a desarrollar la época dermatológica presente: no podríamos olvidar a un Manuel Pérez Díaz quien, fue el primer dermatólogo especializado en la materia y que para aquella época impartió las primeras enseñanzas de Dermatología, sirviéndole de escenario los pequeños cuartuchos de la consulta externa y viejas salas del Hospital Vargas; a un Miguel Jiménez Rivero, dermatólogo-poeta, quien fue el primero en publicar a manera de libro sus observaciones sobre Dermo-sifilografía venezolana; a un Oscar Loynaz Páez, precursor y más que precursor abanderado de la lucha antisifilítica en Venezuela; y en época más cercana a los profesores José Sánchez Covisa, español, quien supo ser venezolano, sin dejar de ser español, y a un Pablo Guerra, quien fue quizás el creador del ambiente científico que ha tomado actualmente la Dermatología venezolana.

Las páginas de nuestra revista están abiertas para todos y sea esta oportunidad para enviar un saludo cordial a las autoridades constituidas, a nuestros colegas especialistas y al gremio médico en general, esperando vean con simpatía este esfuerzo que hacemos en pro de la Medicina nacional.